



Triptico de Fiestas

Ahora los caminos no ceden a la tentación de alejarse. Portadores de aromas y susurros acuden, atraídos por el esplendor insuperado de septiembre, a la Fiesta mayor de la Villa. Posición ofe-
rente en el rito anual y jubiloso.

Todo coincide y contribuye al prestigio dorado que culmina; las rosas afirmando su pura galanía, suavizando su curva los alcores. Y hasta el airecico que vaga entre los olmos, finge asonancias de cantiga, acentos de plegaria.

Suena el tronido de los arcabuces y Caudete relata lo mas notable de su historia. MOROS Y CRISTIANOS. Paladines, donceles, caballeros y mesnadas. Lances y gestas. Hermosa conjunción, que es recreo del espíritu, hechizo inusitado, donaire y regocijo . . .

El verso de los "Episodios" queda grabado en la clara superficie de la tarde. Y hay un florilegio de nombres de escogida prestancia. D. Artal, Celauro, D. Gimén, Abenzoar, Tarif, Almanzor. Y tres épocas que podemos adivinar a través de tan admirable y sugerente colorido.

Ventanal abierto hacia el pasado, entra el horrisono estruendo del combate. Ha sucumbido la monarquía visigoda y proyéctase, sobre las rutas de la patria, la sombra del vencedor del Guadalete, Tarik ben Ziyad. Epílogo sangriento el caballo de D. Rodrigo, Orela, un borceguí recamado y su manto de púrpura en el lodo. Rotas las páginas del Fuero Juzgo vuelan, por las ciudades y los predios, empujadas por el torbellino de la invasión musulmana. Después fragancias de cármes floridos, palmeras y arrayanes. Y el lirismo de su poesía llena de amorosa delicadeza.

En la otra tabla, la Reconquista. Sus comienzos, la formación de los distintos reinos y condados y mas tarde su decisiva importancia, cuando en poco tiempo, se rinden las tierras soleadas de levante. Y en armonía con el épico avance desplegado, la pujanza de los municipios, el predominio de las lenguas romances, el detalle

místico de las agujas catedralicias en dirección al cielo. Prestan las góticas vidrieras bellas tonalidades a los miniados códices y en las plazas surge la nota pintoresca de los juglares

Liza y torneo, lujo cortesano. Por entonces las huestes de almogávares colocan la enseña aragonesa en el torreón mas alto de Caudete.

En el cuadro último abundancia de luces milagrosas. Fuera de las murallas, en la extremada placidez del valle, el Partido de los Santos. Bajo la frondosidad de una retama desentierran las imágenes de la VIRGEN y S. BLAS. Un pastorcillo señala el sitio en que se esconden; anteriormente habia visto la belleza de NTRA. SEÑORA en la sierra de La Zafra. Con elocuente expresión destaca la piadosa historia en el retablo de la ermita. El monasterio, la venida desde MONTE-CASINO, el hecho de la ocultación ante el temor de la morisma . . . ¡Qué bonita y que dulce la sorprendente maravilla!

En la actualidad un bosquecillo de pinos muestra su verde exuberante al amparo de la Santa Casa. En su interior una inefable suavidad invita constantemente a la oración. Y el paraje entero con la olma secular abriendo su ramaje, extiende áureo matiz en primavera, grata melancolía en el otoño. Sale un camino que se dobla devoto junto a la Cruz de Piedra y mas adelante la Villa, cargada de siglos, acariciada por la frescura de sus campos.

Ascua de unción ahora que ostenta sus festejos, cual si fueran vistosos gallardates, en el aire sutil y delicioso.

Evaristo Bañón